



Noam Chomsky^(*)

Imperialismo humanitario: La nueva doctrina de **derecho imperial**^(**)

El concepto de “imperialismo humanitario” empleado por Jean Bricmont capta suscitadamente el dilema que han tenido que enfrentar los dirigentes y la comunidad intelectual de Occidente desde la caída de la Unión Soviética. Desde los orígenes de la Guerra Fría ha existido una justificación esbozada casi por reflejo cada vez que se recurría a la fuerza, al terror, a la subversión y al estrangulamiento económico: los actos fueron llevados a cabo para defenderse de lo que John F. Kennedy llamó “la conspiración monolítica y despiadada” afincada en el Kremlin (o algunas veces en Pekín); una fuerza del mal dedicada a extender su dominio brutal por todo el mundo. Esta fórmula abarcaba casi todo supuesto concebible para la intervención, sin importar cuáles fuesen los hechos. No obstante, una vez disuelta la Unión Soviética, o bien las políticas debían cambiar o se debía recurrir a otra clase de justificaciones. Pronto quedó claro por qué camino se optaría y ello ayudó a comprender más claramente tanto lo que había venido sucediendo en el pasado como la base institucional de la política.

El final de la Guerra Fría desencadenó un impresionante torrente de retórica con el fin de asegurarle al mundo que ahora Occidente tendría el camino libre para enfocarse en su tradicional lucha y entrega por la libertad, la democracia, la justicia y los derechos humanos, ya que no existía más el obstáculo que constituía la rivalidad entre las superpotencias, si bien había (los llamados “realistas” en el ámbito de la teoría de las relaciones internacionales) quienes advirtieron acerca de que “al conceder al idealismo un lugar privilegiado en nuestra política exterior” podríamos estar yendo demasiado lejos y estar perjudicando nuestros intereses⁽¹⁾. Las nociones de “intervención humanitaria” y

(*) Lingüista, filósofo y analista político. Profesor emérito del Massachusetts Institute of Technology.

(**) Artículo publicado originalmente bajo el título *Humanitarian Imperialism: The New Doctrine of Imperial Right*. En *Monthly Review*, Volumen 60, Número 4. Constituye el prólogo que el autor escribió para el libro de Jean Bricmont titulado *Humanitarian Imperialism: Using Human Rights to Sell War*. La gestión de la autorización para la presente publicación por parte del autor y del *Monthly Review*, así como la traducción del inglés estuvo a cargo de Sergio Cueva, miembro de la Asociación Civil IUS ET VERITAS.

Se ha añadido notas del traductor para procurar esclarecer y/o enriquecer algunos pasajes del trabajo traducido, las cuales serán identificadas con la abreviatura (NT).

(1) Thomas Friedman, jefe del área de corresponsalía diplomática del *New York Times*, citando a un alto funcionario del gobierno el 12 de enero de 1992.



Imperialismo humanitario: la nueva doctrina de derecho imperial

la “responsabilidad de proteger” pronto se convirtieron en componentes recurrentes del discurso político de Occidente, comúnmente descrito como afirmante de una “nueva norma” en las relaciones internacionales.

El milenio concluyó con un extraordinario desfile de autocomplacencia por parte de los intelectuales de Occidente, maravillados con la idea un “nuevo mundo idealista encaminado a culminar con la inhumanidad”, que había entrado en una “fase noble” en su política exterior con una “aureola de santidad”, ya que por primera vez en la historia un Estado se encomendaba a los “principios y valores”, guiado solo por el “altruismo” y el “fervor moral”, como líder de los “Estados ilustrados”, y por ello era libre para recurrir al uso la fuerza cuando sus líderes “lo creyesen justo”. Este es solamente un pequeño ejemplo del diluvio desatado por respetadas voces liberales⁽²⁾.

Pronto, surgen varias preguntas. Primero, ¿cómo es que esta autoimagen se ajusta al historial previo al final de la Guerra Fría? Si no logra hacerlo, entonces ¿qué razón habría para esperar una repentina voluntad de “concederle al idealismo un lugar importante en nuestra política exterior” o siquiera darle alguna cabida en lo absoluto? ¿Y cómo, de hecho, ha cambiado la política con la disolución de la superpotencia enemiga? Una pregunta preliminar es si es que estas consideraciones deben siquiera plantearse.

Existen dos puntos de vista sobre la importancia del registro histórico. Por un lado, el de aquellos que celebran las “nuevas normas” es claramente expresado por uno de sus más distinguidos académicos y defensores, el profesor de relaciones internacionales Thomas Weiss: el examen crítico de este historial, sostiene, no se trata sino de “exageraciones e inectivas sobre la históricamente perversa política exterior de Washington” y son, por ello, “fáciles de ignorar”⁽³⁾.

Una postura contraria es aquella que sostiene que las decisiones políticas provienen fundamentalmente de las estructuras institucionales, y ya que estas se

mantienen estables, el examen del historial provee valiosa información acerca de las “normas emergentes” y sobre el mundo contemporáneo. Esta es la postura que Bricmont adopta en su estudio de “la ideología de los derechos humanos” y que también aquí adoptaremos.

Por motivos de espacio, nos vemos imposibilitados de revisar el historial de manera cabal, sin embargo, atengámonos, solo con fines ilustrativos, a la administración Kennedy -situada en el extremo liberal de la izquierda del espectro político- que contó con un inusual número de intelectuales liberales en los cargos dotados con poder de decisión en la elaboración de políticas. Durante estos años, la fórmula usual fue invocada para justificar la invasión de Vietnam del Sur en 1962, sentando con ello las bases para uno de los más grandes crímenes del siglo veinte.

Para ese entonces, al gobierno clientelar impuesto por los Estados Unidos ya no le era posible controlar la resistencia autóctona provocada por el masivo terror de Estado, que había acabado con decenas de miles de personas. Por ello, Kennedy envió a la Fuerza Aérea de los Estados Unidos para empezar a bombardear Vietnam del Sur, autorizó el uso del napalm y las armas químicas para destruir cosechas y la tierra misma, e inició los programas que llevaron a millones campesinos de Vietnam del Sur a barrios marginales o a campamentos cercados donde quedarían rodeados por alambres de púas para “protegerlos” de las fuerzas de resistencia de Vietnam del Sur que ellos mismos apoyaban, como Washington

(2) Para más información y fuentes, véase CHOMSKY, Noam. *New Military Humanism*. (Monroe, ME: Common Courage, 1999).

(3) *Boston Review*. (Febrero de 1994).



Noam Chomsky

bien sabía. Todo ello en nombre de la defensa contra los dos “grandes demonios”: Rusia y China, también conocidos como “el Eje Sino-soviético”⁽⁴⁾.

En los tradicionales dominios del poder de los Estados Unidos, la misma fórmula conllevó al cambio de misión de las fuerzas militares de América Latina de la “defensa del hemisferio” -un remanente proveniente la Segunda Guerra Mundial- a la “seguridad interna”. Las consecuencias fueron inmediatas. De acuerdo con Charles Maechiling -quien lideró la contrainsurgencia estadounidense durante la era Kennedy y durante los primeros años de Johnson- la política de los Estados Unidos pasó a ser una de tolerancia “para con la rapacidad y crueldad de los militares de América Latina” a una de “complicidad directa” en sus crímenes y al apoyo a “los métodos de los escuadrones de exterminación de Heinrich Himmler”.

Un caso decisivo fue la preparación del golpe militar en Brasil para derrocar al gobierno de corte ligeramente social demócrata de Goulart, llevado a cabo por la administración Kennedy. El golpe se realizó poco después del asesinato de Kennedy, estableciendo el primero de una serie de despiadados regímenes de Seguridad Nacional y poniendo marcha una onda de represión en el continente que se prolongó hasta la devastadora misión terrorista de Reagan en Centroamérica en la década de 1980. Con la misma justificación, la misión militar de 1962 en Colombia le recomendó al gobierno recurrir a “actividad paramilitar, de sabotaje y/o de terrorismo en contra de los conocidos partidarios del comunismo”, acciones que “han de ser respaldadas por los Estados Unidos”. En el contexto latinoamericano, la frase “conocidos partidarios del comunismo” se refería a los líderes sindicales, a los sacerdotes que organizasen a los campesinos, a los activistas por los derechos humanos, y, en los hechos, a cualquier persona comprometida con el cambio social en sociedades violentas y represivas.

Estos principios fueron rápidamente incorporados al entrenamiento y a las prácticas de los militares. El respetado presidente del Comité Permanente para la Defensa de los Derechos Humanos de Colombia y ex Ministro de Relaciones

Exteriores, Alfredo Vásquez Carrizosa, escribió que la administración Kennedy “ingenió la manera de transformar nuestras tradicionales Fuerzas Armadas en brigadas de contrainsurgencia, plasmando con ello la nueva estrategia de los escuadrones de la muerte”, conduciendo a lo que en América Latina se conoce como la Doctrina de la Seguridad Nacional, no siendo este un sistema de defensa contra el enemigo externo, sino un modo de convertir al *establishment* militar en el amo del juego [con] derecho a combatir al enemigo interno, como se plantea en la doctrina brasileña, la doctrina argentina, la doctrina uruguaya y la doctrina colombiana: es el derecho a combatir y exterminar a los trabajadores sociales, a los sindicalistas, a los hombres y mujeres que no apoyan al *establishment* y a quienes -se asume- son comunistas extremistas. Y esto podría llegar a significar “cualquiera”, incluso los activistas de derechos humanos como yo.

En el año 2002, una delegación de Amnistía Internacional, cuyo objeto era proteger a los defensores de los derechos humanos en todo el mundo, comenzó con una visita a Colombia, país elegido por su extremo registro de violencia respaldada por el Estado en contra de estos valientes activistas, así como dirigentes sindicales, muchos de los cuales fueron asesinados en Colombia y en este país con mayor incidencia que en todo el resto del mundo en total, por no hablar de los campesinos, los pueblos indígenas y los afro-colombianos, quienes fueron las víctimas más trágicas. Como miembro de la delegación, tuve la oportunidad de reunirme con un grupo de activistas por los derechos humanos en el hogar fuertemente resguardado de Vásquez Carrizosa en Bogotá, escuchar sus dolorosas historias y, posteriormente, tomar

(4) Para una explicación detallada del papel encomendado a China en la “virulencia y penetración del globalismo visionario de Estados Unidos en el que se basa la política estratégica de Washington” en Asia, véase: PECK, James. *Washington's China*. (Amherst, MA: *University of Massachusetts Press*, 2006).



Imperialismo humanitario: la nueva doctrina de derecho imperial

los testimonios en el lugar de los hechos. Fue una experiencia terrible.

Recurrir a la misma fórmula era suficiente para la campaña de subversión y violencia que colocó a la recientemente independiente Guyana bajo las riendas del cruel dictador Forbes Burnham. También fue invocada para justificar las campañas de Kennedy contra Cuba después de la fracasada invasión de la Bahía de Cochinos. En su biografía de Robert Kennedy, el eminente historiador liberal y asesor de Kennedy, Arthur Schlesinger, escribió que la tarea de traer “todos los males del mundo” a Cuba fue encomendada por el presidente a su hermano Robert, quien la asumió como su máxima prioridad. La campaña terrorista se prolongó hasta por lo menos la década de 1990, aunque en los últimos años el gobierno de los Estados Unidos no llevara a cabo las operaciones terroristas por su cuenta, sino que solo prestó apoyo para ellas y un refugio para los terroristas y sus comandantes, entre ellos al notorio Orlando Bosch y, aliado recientemente a él, Luis Posada Carriles. Los comentaristas han tenido la cortesía suficiente de no recordarnos la Doctrina Bush: “aquellos que ofrecen refugio a los terroristas son tan culpables como los propios terroristas” y deben por ello ser tratados con bombardeos e invasiones”. Esta doctrina, señala Graham Allison, especialista en relaciones exteriores de la Universidad de Harvard, “ha revocado unilateralmente la soberanía de los Estados que proporcionan refugio a los terroristas” y “se ha convertido ya en una norma *de facto* de las relaciones internacionales”, con las excepciones habituales.

Los documentos internos de la períodos de Kennedy y de Johnson revelan que una de las principales preocupaciones en el caso de Cuba fue su “exitoso desafío” a las políticas de los Estados Unidos, que se remontan a la Doctrina Monroe de 1823, que promulgaba (sin llegar a implementar) el control estadounidense sobre el hemisferio. Se temía que el “exitoso desafío” cubano, en particular si iba de la mano con el éxito de un desarrollo independiente, podría alentar a otros que sufren de condiciones comparables a seguir un camino similar, lo que constituye la versión racional de “la teoría del dominó”, que constituye una característica persistente de la formulación de políticas. Por ese motivo, y así lo revela la documentación, era imperante castigar severamente a la población civil hasta

que derrocarse al gobierno transgresor. Esta es una pequeña muestra de unos pocos años de intervención en el marco de la administración más liberal que haya tenido los Estados Unidos, justificados ante la opinión pública en términos de defensa. El panorama general es muy similar. La dictadura rusa justificó el severo control sobre su calabozo de Europa del Este con pretextos similares.

Las razones para darle sustento a la intervención, a la subversión, al terror y a la represión son evidentes. Son precisamente resumidas por Patrice McSherry en el más cuidadoso estudio académico de la Operación Cóndor, la operación terrorista internacional establecida con el apoyo en los Estados Unidos en Chile durante los años de Pinochet: “los ejércitos de América Latina, que normalmente actuaban con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos, derrocaron gobiernos civiles y destruyeron otros centros de poder democrático en sus sociedades (partidos políticos, sindicatos, universidades y sectores constitucionalistas de las Fuerzas Armadas), precisamente cuando la estructura de las clases del Estado estaba a punto de cambiar o se hallaba en proceso de cambio, mediante la transferencia del poder del Estado a los sectores sociales que no formaban parte de la élite (...). La prevención de tales transformaciones del Estado constituía un objetivo clave para las élites de América Latina, y, además, los funcionarios de los Estados Unidos la consideraron de interés vital para seguridad nacional”⁽⁵⁾. No es difícil demostrar que lo que se denomina como “intereses de seguridad nacional” solo guarda una relación incidental con la seguridad de la nación, pero sí una relación muy estrecha con los intereses de los sectores dominantes en el seno del Estado imperial, y con el interés general del Estado en garantizar la obediencia.

(5) McSHERRY, Patrick. *Predatory States* (Boulder, CO: Rowman & Littlefield, 2005).



Noam Chomsky

La sociedad de estadounidense es particularmente abierta. Por ello, no hay ninguna dificultad para documentar los principios básicos de la estrategia global a partir de la Segunda Guerra Mundial. Incluso antes de que Estados Unidos entrara a la guerra, los planificadores y analistas de alto nivel llegaron a la conclusión de que este país debe buscar “mantener un poder incuestionable”, en el mundo de la posguerra, actuando para garantizar la “limitación de cualquier ejercicio de la soberanía” por parte de los Estados que pudieran interferir con su esquema global. Reconocieron, además, que “el requisito principal” para lograr estos fines era “el rápido cumplimiento de un programa completo de rearme”, desde entonces, como ahora, un componente central de “una política integrada para lograr la supremacía militar y económica para los Estados Unidos”. En esos tiempos, estas ambiciones se limitaron al “mundo no-alemán”, que debía ser organizado bajo el amparo de los Estados Unidos como una “Gran Area”, que incluyese el hemisferio occidental, el antiguo Imperio Británico y el Lejano Oriente. En la medida que Rusia iba replegando a los ejércitos nazis desde Stalingrado y se hizo cada vez más evidente que Alemania sería derrotada, los planes fueron ampliados para incluir la mayor cantidad de Eurasia posible.

Una versión más extrema de esta -en gran parte- inmutable estrategia es que ningún desafío puede ser tolerado por “el poder, la posición y el prestigio de los Estados Unidos”, como Dean Achenson, prominente estadista liberal y uno de los principales arquitectos del mundo de la posguerra, le informara a la Sociedad Americana de Derecho Internacional. Hablaba en 1963, poco después de que la crisis de los misiles llevara al mundo al borde de una guerra nuclear. La doctrina Bush estableció pocos cambios fundamentales en esta concepción, por más que provocó grandes protestas por parte de los sectores mayoritarios, las que fueron ocasionadas no tanto por su contenido central como por su descarado estilo y arrogancia, como bien señaló Madeleine Albright, Secretaria de Estado de Clinton, quien estaba muy al tanto de la doctrina de su Presidente, que era muy similar a la de Bush.

El colapso de la “conspiración monolítica y despiadada” dio lugar a un cambio de táctica, pero no de las líneas fundamentales de la política. Ello fue plenamente entendido por los analistas políticos. Dimitri Simes, prominente miembro de la *Carnegie Endowment for International Peace* señaló que las iniciativas de Gorbachov “liberarían a la política exterior de los Estados Unidos de la camisa de fuerza que le impusiese la hostilidad entre las superpotencias”⁽⁶⁾. Simes identificó tres componentes principales de aquella “liberación”. En primer lugar, Estados Unidos sería capaz de trasladar los costos de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (en adelante, OTAN) a sus competidores europeos, lo que era una forma de evitar lo que constituía una tradicional preocupación de Estados Unidos, esto es, que Europa busque y siga un camino independiente. En segundo lugar, Estados Unidos puede ponerle fin a “la manipulación de América por parte de las naciones del tercer mundo”. La manipulación de los ricos por los pobres que poco o nada merecen siempre ha sido un grave problema, especialmente serio en lo que respecta a América Latina, que en los cinco años anteriores había transferido unos US\$ 150 billones al Occidente industrializado, además de \$ 100 billones en fuga de capitales, lo que en total asciende a veinticinco veces el valor total de la Alianza para el Progreso^(NT1) y quince veces el Plan Marshall^(NT2).

Esta enorme hemorragia es parte de un complicado sistema por el cual los bancos de Occidente y las élites de América Latina se enriquecen a expensas del grueso de la población de esta región, que luego carga con

(6) SIMES, Dimitri. *If the Cold War is over, then what?* En: *New York Times*. 27 de diciembre de 1988.

(NT1) Plan iniciado por John F. Kennedy en 1961 para la cooperación económica entre América del Norte y América del Sur, en busca del progreso del hemisferio.

(NT2) Principal plan de los Estados Unidos para la reconstrucción de los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial y para detener el avance del comunismo en la región.



Imperialismo humanitario: la nueva doctrina de derecho imperial

la “crisis de la deuda” que resulta de estas manipulaciones. Pero gracias a la capitulación de Gorbachov, Estados Unidos ahora puede negarse a la “injustificada demanda de asistencia por parte del tercer mundo” y adoptar una postura más firme cuando se enfrenta a los “desafiantes deudores del tercer mundo”.

El tercer -y más importante- componente de la “liberación”, prosigue Simes, es que la caída de la “amenaza soviética (...) ocasiona que el poder militar sea más útil como instrumento de la política exterior de los Estados Unidos (...) contra aquellos que pretendan desafiar los más importantes intereses de este país”. Estados Unidos tendría ahora ‘las manos desatadas’ y Washington puede sacarle provecho a “un mayor recurso a la fuerza militar en caso se presentase una crisis”.

La administración de Bush padre, por aquel entonces en el poder, inmediatamente dejó en claro su postura acerca del final de la amenaza soviética. Pocos meses después de la caída del Muro de Berlín, la administración hizo pública la nueva Estrategia de Seguridad Nacional. En el frente interno, hizo un llamado para fortalecer “la base industrial de la defensa”, a través de la creación de incentivos “para invertir en nuevas instalaciones y equipamiento, así como en investigación y desarrollo”. La fase de la “base industrial de la defensa” es un eufemismo referirse a la economía de tecnología de punta, sostenida fundamentalmente por el dinámico sector estatal que balancea costo y riesgo y, eventualmente, termina por privatizar las utilidades, en ocasiones décadas más tarde, como en el caso de las computadoras y del internet. El gobierno tiene muy presente que la economía de los Estados Unidos está muy alejada del modelo de libre mercado aclamado por la doctrina e impuesto a aquellos que son demasiado débiles como para resistirlo, un asunto clásico de la historia económica, recientemente evaluado de manera muy perspicaz por el economista internacional Ha-Joon Chang⁽⁷⁾.

En el ámbito internacional, la Estrategia de Seguridad Nacional de Bush padre reconoció que “los casos más probables en los que se tenga que recurrir al uso de nuestras fuerzas militares podrían no implicar a la Unión Soviética, sino más bien podrían encontrarse en el tercer mundo, donde nuevas capacidades y enfoques podrían ser necesarios.” Estados Unidos debe concentrarse en las “amenazas de menor

orden, como el terrorismo, la subversión, la insurgencia y el tráfico de drogas [que] amenazan en nuevas formas a los Estados Unidos, a sus ciudadanos y a sus intereses”. “Las fuerzas tendrán que acomodarse al duro ambiente, a las inmaduras estructuras, y a la importante dimensión de territorio del tercer mundo”. “El entrenamiento, la investigación y el desarrollo” tendrán que estar “mejor sintonizados con las necesidades de los conflictos de baja intensidad”, principalmente con la contrainsurgencia en el tercer mundo. Con la Unión Soviética fuera de la escena, ahora el mundo “ha evolucionado de un ‘ambiente abundante en armamento’ (Rusia) a un ‘ambiente abundante en objetivos o blancos’ (el Sur). Estados Unidos se enfrentará a “amenazas por parte de un tercer mundo cada vez más capaz” proseguían los planificadores militares.

En consecuencia, explicaba la Estrategia de Seguridad Nacional, Estados Unidos debe mantener un enorme sistema militar y también la capacidad de proyectar sus fuerzas rápidamente a cualquier lugar del mundo, confiando fundamentalmente en las armas nucleares, las que, como explicaban los planificadores de Clinton, “proyectan sombra sobre cualquier crisis o conflicto” y permiten la libre utilización de las fuerzas convencionales. La razón no ya es la desaparecida amenaza soviética, sino “la creciente sofisticación tecnológica de los conflictos en el tercer mundo”. Esto es especialmente cierto en Oriente Medio, donde las “amenazas a nuestros intereses” que han forzado la participación militar directa “no pueden más ser atribuidas al Kremlin”, argumentos que, a pesar de lo que se ha venido afirmando durante décadas, ya no funcionan con la Unión Soviética disuelta. En realidad, la “amenaza a nuestros intereses” siempre ha sido el nacionalismo originario. El hecho fue en

(7) CHANG, Ha-Joon. *Bad Samaritans* (Random House, 2007).



Noam Chomsky

ocasiones reconocido, por ejemplo cuando Robert Komer, el arquitecto de la Fuerza de Despliegue Rápido (posteriormente conocida como el Comando Central) del Presidente Carter, destinada principalmente a Oriente Medio, testificó ante el Congreso en 1980 lo más probable era que su rol más no sería resistir un (altamente improbable) ataque soviético, sino encargarse de la agitación nacional y regional, y en particular el “nacionalismo radical” que ha sido siempre una preocupación primordial en cualquier parte del mundo.

El término “radical” encaja en la misma categoría que “conocido proponente del comunismo.” No significa “radical”. Por el contrario, significa “fuera de nuestro control”. Entonces, Iraq no era radical en aquel momento. Por el contrario, Saddam siguió siendo un favorecido amigo y aliado mucho después de que fueran consumadas sus más horribles atrocidades (Halabja y al-Anfal, entre otras) y hasta después del final de la guerra con Irán, para la que recibió sustancial apoyo de la administración de Reagan, entre otros. Manteniendo estas cálidas relaciones, en 1989 el Presidente Bush invitó a los ingenieros nucleares iraquíes a los Estados Unidos para un entrenamiento avanzado en el desarrollo de armas nucleares y a principios de 1990 envió una Delegación senatorial de alto nivel a Iraq para transmitir sus saludos personales a su amigo Saddam. La delegación estuvo encabezada por el líder de la mayoría en el Senado, Bob Dole, posteriormente candidato presidencial por el Partido Republicano, e incluyó a otros destacados senadores. La delegación transmitió los saludos personales del Presidente Bush, recomendó a Saddam ignorar las críticas que pudiese escuchar de algunos sectores de la irresponsable prensa estadounidense, y le aseguró que el Gobierno haría todo lo posible para poner fin a esas lamentables prácticas.

Saddam invadió Kuwait unos meses más tarde, haciendo caso omiso a las órdenes recibidas, o quizá malentendido alguna ambigua señal del Departamento de Estado. Ese fue un verdadero crimen, y al instante pasó de ser un respetado amigo a ser la encarnación misma del mal. Es ilustrativo examinar la reacción a la invasión de Saddam a Kuwait, tanto la indignación retórica como la respuesta militar, un golpe devastador para la sociedad civil iraquí que dejó firmemente en pie a la tiranía. Los acontecimientos y su interpretación revelan en buena parte la continuidad de la política tras el

colapso de la Unión Soviética y de la cultura intelectual y moral que sustenta las decisiones sobre la política.

La invasión de Kuwait por parte de Saddam en agosto de 1990 fue el segundo caso de agresión después de la Guerra Fría. El primero fue la invasión Bush a Panamá un par de semanas después de la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989. La invasión de Panamá fue tímidamente poco más que un pie de página en el marco de una larga y sórdida historia, pero en algunos aspectos fue distinta a ejercicios anteriores.

Una diferencia fundamental fue explicada por Elliott Abrams, por ese entonces un alto funcionario responsable de Cercano Oriente y de los Asuntos de África del Norte, y ahora encargado de “promover la democracia” por Bush hijo, en particular en Oriente Medio. Al igual que Simes, Abrams señaló que “los acontecimientos en Moscú han reducido las posibilidad de que una pequeña operación degeneren en un conflicto entre superpotencias”⁽⁸⁾. El uso de la fuerza, como en el caso de Panamá, es más factible que antes gracias a la desaparición de la contingencia Soviética. Un razonamiento similar se aplica a la reacción ante la invasión de Kuwait por parte de Iraq. De haber existido la contingencia soviética, es poco probable que Estados Unidos y Gran Bretaña se hubiesen arriesgado a colocar enormes fuerzas en el desierto y a llevar a cabo las operaciones militares del modo en que lo hicieron.

El objetivo de la invasión de Panamá fue secuestrar a Manuel Noriega, un matón de pacotilla que fue traído a Florida y condenado por narcotráfico y otros delitos en su mayoría cometidos cuando formaba parte de la planilla de la CIA. Sin embargo, se había tornado en un desobediente. Por ejemplo, no apoyó

(8) Parfraseo de los corresponsales Stephen Kurkjian y Adam Pertman. *Boston Globe*, 5 de enero de 1990.



Imperialismo humanitario: la nueva doctrina de derecho imperial

a Washington en la guerra terrorista contra Nicaragua con el entusiasmo suficiente, motivo por el cual se le tuvo que cesar. La amenaza soviética ya no puede ser invocada como regularmente se había venido haciendo, de modo que la acción fue explicada en términos de defensa de los Estados Unidos ante el narcotráfico hispánico, que estaba abrumadoramente en manos de los aliados colombianos de Washington. Mientras ocurría la invasión, el Presidente Bush anunció nuevos préstamos a Iraq para lograr el “objetivo de aumentar las exportaciones de los Estados Unidos y ponernos en mejor posición para tratar con Iraq en relación a su historial de derechos humanos”, de modo que el Departamento de Estado contestó a las pocas preguntas del Congreso, al parecer sin ironía. Los medios de comunicación sabiamente eligieron permanecer en silencio.

Los agresores victoriosos no suelen investigar sus propios crímenes. Por ello, el costo en vidas humanas de la invasión de Bush a Panamá no se conoce. Sin embargo, parece que esta invasión fue mucho más sangrienta que la de Saddam a Kuwait, llevada a cabo algunos meses después. Según algunos grupos panameños de derechos humanos, el bombardeo norteamericano del populoso barrio de El Chorillo y otros objetivos civiles dejó como saldo varios miles de muertos, en su mayoría personas de bajos recursos, siendo esta cifra muy superior a la estimada en el caso de la invasión de Kuwait. El tema no es de interés para Occidente, mas no ha sido olvidado por los panameños. En diciembre de 2007, Panamá declaró, una vez más, un día de duelo para conmemorar la invasión estadounidense, lo que no mereció ningún comentario u opinión por parte de los Estados Unidos.

También ha sido borrado de la historia el hecho de que el mayor temor de Washington cuando Saddam invadió Kuwait era que pudiese imitar la invasión de Panamá por parte de Estados Unidos. Colin Powell, por entonces Presidente del Estado Mayor Conjunto, advirtió que Saddam “se retirará, (luego de instaurar) a un títere en el poder. Todos en el mundo árabe serán felices”. En cambio, cuando Washington se retiró parcialmente de Panamá luego de poner a su propio títere, los latinoamericanos estaban lejos de ser felices.

La invasión despertó una gran indignación en toda la región, tanto así que el nuevo régimen fue expulsado del Grupo de los Ocho, (formado por democracias de América Latina) por ser un país bajo ocupación militar. Washington era muy consciente, afirmada Stephen Ropp, estudioso de temas de América

Latina, que “una vez removido el manto protector de Estados Unidos, se producirá un rápido derrocamiento, sea de carácter civil o militar, de Endara y sus seguidores”, esto es, el régimen de los banqueros, empresarios y narcotraficantes instaurados por la invasión de Bush.

Incluso la propia Comisión de Derechos Humanos de ese gobierno, al referirse a la invasión, declaró cuatro años más tarde que el derecho a la libre determinación y la soberanía del pueblo panameño continuaba siendo violado por “la ocupación de un ejército extranjero”. El temor de que Saddam pudiese imitar la invasión de Panamá parece ser la principal razón por la cual Washington dejó de lado la diplomacia e insistió en ir a la guerra, con -casi total- apoyo de los medios de comunicación, y, como ocurre frecuentemente, sin tomar en cuenta a la opinión pública, que en la víspera de la invasión apoyó abrumadoramente la idea de una conferencia regional para que medie el enfrentamiento, además de otros pendientes concernientes al Medio Oriente. Básicamente, esa era la propuesta de Saddam en aquel momento, aunque solo aquellos que tenían acceso a publicaciones marginales o disidentes, o quienes llevaron a cabo investigaciones por su propia cuenta podrían haber estado al tanto de ello.

Poco después de la invasión, la preocupación de Washington por los derechos humanos en Iraq una vez más se puso dramáticamente de manifiesto, cuando Bush autorizó a Sadam a aplastar una rebelión chiíta en el sur, que probablemente hubiese conseguido derrocarlo. El razonamiento oficial fue expuesto por Thomas Friedman, por entonces principal comentarista de asuntos diplomáticos del *New York Times*. Washington aspiraba “al mejor de los mundos”, explicaba Friedman: “Una junta iraquí con puño de hierro, *sin* Saddam Hussein” que restablecería el *statu quo ante*,



Noam Chomsky

cuando “el puño de hierro de Saddam (...) mantuvo en pie a Iraq, en gran medida a satisfacción de Turquía y Arabia Saudita, ambos países aliados de los Estados Unidos” y, por supuesto, la del jefe en Washington. No obstante, este feliz final no sería posible, motivo por el cual los amos de la región debieron conformarse con la segunda mejor opción: el mismo “puño de hierro” que habían venido apoyando siempre. El veterano corresponsal de Oriente Medio, Alan Cowell, agregó que los rebeldes fracasaron debido a que “muy pocas personas fuera de Iraq querían que ganaran”: Estados Unidos y “los integrantes árabes de su coalición” convenían en que “cualesquiera fuesen los pecados del Dirigente iraquí, éste inspiraba a Occidente y a la región una mayor esperanza en que el país conservase su estabilidad que aquellos que habían sufrido su represión”.

El término “estabilidad” se utiliza aquí en su sentido técnico usual: la subordinación a la voluntad de Washington. No hay contradicción, por ejemplo, cuando el comentarista liberal James Chace, ex director del *Foreign Affairs*, afirma que Estados Unidos trató de “desestabilizar al gobierno marxista democráticamente elegido en Chile”, porque “estábamos decididos a lograr la estabilidad” (con la dictadura de Pinochet).

Una vez sin la posibilidad de recurrir al pretexto soviético, el historial de intervención criminal continuó como había venido haciéndolo. La asistencia militar es un indicio útil. Como bien saben los estudiosos, la ayuda de Estados Unidos “ha tendido a encaminarse desproporcionadamente hacia los gobiernos latinoamericanos que torturan a sus ciudadanos, (...) hacia los casi flagrantes violadores de derechos humanos en el hemisferio”. Ello incluye la ayuda militar, es independiente de las necesidades y continuó tal cual durante el gobierno de Carter⁽⁹⁾. Estudios más amplios realizados por el economista Edward Herman hallaron una correlación similar a nivel global y sugirieron una posible explicación. Herman descubrió, como era de esperarse, que la ayuda tiene correlación con la mejoría en el clima para las inversiones.

Esta mejoría frecuentemente se logra asesinando sacerdotes y líderes sindicales, masacrando campesinos que buscan

organizarse, dejando bombas en los medios de comunicación independientes, etcétera. El resultado es una correlación secundaria entre la ayuda y la flagrante violación de los derechos humanos. Entonces, sería erróneo concluir que los líderes de Estados Unidos (al igual que sus contrapartes en todo el mundo) prefieren la tortura; más bien se trata de que esta tiene escasa relevancia en comparación con valores más importantes. Estos estudios son anteriores al gobierno de Reagan, cuando realizar las preguntas no valía la pena pues estas correlaciones eran abrumadoramente evidentes.

El mismo patrón continuó luego de la Guerra Fría. Aparte de Israel y Egipto, quienes forman una categoría distinta, el mayor receptor de ayuda estadounidense a medida que iba concluyendo la Guerra Fría fue El Salvador, que, junto a Guatemala, era el lugar testigo de la más extrema violencia terrorista de los horribles años de Reagan en Centroamérica, casi totalmente atribuible a las fuerzas de terrorismo de Estado armadas y entrenadas por Washington, tal y como las posteriores Comisiones de la Verdad han documentado. El Congreso no le permitió a Washington proveer ayuda directamente a los asesinos guatemaltecos. Fueron efusivamente alabados por Reagan, pero él, sin embargo, tuvo que unirse a una red terrorista internacional de Estados intermediarios para superar este obstáculo. No obstante, Estados Unidos pudo llevar a cabo una guerra terrorista en El Salvador sin molestias de esta naturaleza.

Un blanco principal fue la Iglesia Católica, que había cometido un grave pecado: comenzar a tomarse en serio el Evangelio y adoptar “una opción preferencial por los pobres”. Por ello, tuvo que ser destruida por la violencia avalada

(9) SCHOULTZ, Larz. *Human Rights and United States Policy toward Latin America* (Princeton, New Jersey: Princeton University Press, 1981).



Imperialismo humanitario: la nueva doctrina de derecho imperial

por los Estados Unidos, con un fuerte apoyo del Vaticano. La década comenzó con el asesinato del Arzobispo Romero mientras ofrecía una misa, algunos días después de que hubiese enviado una carta al presidente Carter rogándole que detenga la ayuda a la junta asesina, ayuda que “de seguro incrementará la injusticia aquí y agudizará la represión que ha sido desencadenada en contra de las organizaciones populares que luchaban por defender sus derechos humanos más fundamentales”.

La ayuda no tardó en llegar, dejando libre el camino para “una guerra de exterminio contra la indefensa población civil”, como fuesen descritas las consecuencias por el sucesor del Arzobispo Romero. La década culminó cuando la Brigada Atlacatl de tropas de élite, armada y entrenada por Washington, voló los sesos de seis intelectuales de América Latina, sacerdotes jesuitas, luego de consumir un sangriento historial de víctimas usual. Nada de todo esto penetra en la conciencia de la élite de Occidente, acostumbrada ya a aceptar “la actuación por error” como excusa.

Para cuando Clinton asumió la presidencia, ya se había logrado un consenso político en El Salvador, de modo que este país perdió la condición de principal receptor de ayuda militar estadounidense. Fue reemplazado por Turquía, donde por ese entonces se llevaba a cabo una de las peores atrocidades de la década de 1990 contra la duramente oprimida población kurda. Decenas de miles fueron asesinados, 3,500 pueblos y aldeas fueron destruidas, gran número de refugiados huyeron del lugar (tres millones, de acuerdo a los análisis realizados por las organizaciones kurdas de derechos humanos), vastas áreas fueron devastadas y se encarceló a varios disidentes. La tortura más salvaje y varias otras atrocidades eran moneda corriente. Clinton proveyó el 80 por ciento de las armas requeridas, incluyendo equipamiento de tecnología de punta utilizado para cometer estos salvajes crímenes. Sólo en 1997, Clinton envió más ayuda militar a Turquía que en todo el período de la Guerra Fría antes de que comenzara la campaña de contrainsurgencia. Los medios de comunicación y los comentaristas permanecieron en silencio, salvo contadas excepciones. Para el año 1999, el terror de Estado había logrado sus objetivos en gran medida, de modo que Turquía fue reemplazada por Colombia como receptor líder de ayuda militar estadounidense, país que había tenido de lejos el peor registro de derechos humanos en el hemisferio, ya que los programas de terror coordinados entre el Estado y los grupos

paramilitares e inaugurados por Kennedy habían significado un tremendo costo de vidas humanas.

Entre tanto, otras grandes atrocidades continuaron recibiendo total apoyo. Una de las más extremas fue la constituida por las sanciones en contra de civiles iraquíes luego de la demolición a gran escala causada por el bombardeo de 1991, que también destruyó estaciones eléctricas, instalaciones de agua y alcantarillado, lo que en los hechos constituía una forma de guerra bacteriológica. El horrendo impacto de las sanciones de Estados Unidos y Gran Bretaña (formalmente impuesto por las Naciones Unidas) generó tal preocupación en la opinión pública que en 1996 se introdujo una modificación humanitaria: el programa “petróleo por alimentos”, que permitía que Iraq utilice las ganancias provenientes de las exportaciones de petróleo para cubrir las necesidades de su sufrido pueblo. Denis Halliday, distinguido diplomático internacional y primer director del programa, renunció en señal de protesta dos años después, declarando que el programa era “genocida”. Fue reemplazado por Hans von Sponeck, otro distinguido diplomático internacional, quien renunció dos años después, denunciando que ese programa violaba la Convención sobre el Genocidio. La renuncia de este último fue inmediatamente seguida por la de Jutta Burghardt, quien estaba a cargo del Programa de Alimentos de las Naciones Unidas, quien se unió a las protestas de Halliday y von Sponeck.

Solo por mencionar una cifra, “Durante el periodo de vigencia de las sanciones, es decir, de 1990 a 2003, de produjo un notorio incremento de la mortalidad infantil, de 56 de mil niños menores de cinco años a 131 de mil a principios de siglo” y “cualquiera puede fácilmente darse cuenta de que esto fue debido a las sanciones económicas” (von Sponeck). Las masacres de ese calibre no son



Noam Chomsky

frecuentes, de modo que sería difícil reconocer esta desde una perspectiva doctrinal. De igual modo, se realizaron grandes esfuerzos para culpar a la incompetencia de las Naciones Unidas, “el fraude más obscuro que se haya registrado en la historia” (*Wall Street Journal*). El fraudulento “fraude” se descubrió rápidamente: resultó ser que Washington y un grupo de empresas de los Estados Unidos fueron los principales culpables. Pero las acusaciones eran demasiado valiosas como para que se permitiese que se desvanecieran.

Halliday y von Sponeck contaban con numerosos investigadores por todo Irak, lo que les permitió conocer más sobre el país que cualquier otro occidental. Fueron excluidos de los medios de comunicación de los Estados Unidos durante la preparación para la guerra. El gobierno de Clinton también impidió que von Sponeck informara al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, entidad que era técnicamente responsable de los efectos de las sanciones sobre la población. “A ese hombre en Bagdad se le paga para que trabaje, no para que hable”, explicó el portavoz del Departamento de Estado, James Rubin. Los medios de comunicación de los Estados Unidos y el Reino Unido evidentemente están de acuerdo. El informe cuidadosamente documentado por Von Sponeck sobre el impacto de las sanciones de Estados Unidos y el Reino Unido se publicó en 2006 y tuvo un resonante silencio como bienvenida⁽¹⁰⁾.

Las sanciones devastaron a la sociedad civil, matando a cientos de miles de personas mientras que fortalecían al tirano, obligando a la población a confiar en él para sobrevivir, y probablemente salvándolo de la sufrir el destino de otros asesinos y torturadores masivos que contaron con el apoyo hasta el final de su sangriento gobierno por los Estados Unidos, el Reino Unido, y sus aliados: Ceacucesu, Suharto, Mobutu, Marcos y toda la tira de rufianes a la que se vienen añadiendo nuevos nombres. La calculada negativa de dar a los iraquíes una oportunidad de asumir las riendas de su propio destino, con ello aminorando el estrangulamiento ocasionado por las sanciones, como Halliday y von Sponeck recomendaron, elimina cualquier justificación de la invasión que pueda ser elaborada por quienes le rinden apología a la violencia estatal.

También se prolongó a lo largo de la década de 1990 el fuerte apoyo de Estados Unidos y el Reino Unido al general Suharto de Indonesia, “el tipo de hombre que nos gusta”, como lo describiese alegremente el gobierno de Clinton al anunciarlo en Washington. Suharto había sido el favorito de Occidente desde que asumiese el poder en 1965, presidiendo una “asombrosa masacre” que fue “un rayo de luz en Asia”, como informase el *New York Times*, mientras elogiaba a Washington para mantener oculto su crucial papel en los acontecimientos para no situar en una posición vergonzosa a los “moderados de Indonesia” que tomaron el poder.

La reacción general en Occidente fue de inocultable euforia luego de esta masacre, incluso después de que la CIA compare estos crímenes con los cometidos por Hitler, Stalin y Mao Tse Tung. Suharto puso la riqueza del país a disposición de la explotación occidental, se consagró al tener uno de los peores historiales en derechos humanos en el mundo, y también ganó el récord mundial de la corrupción, muy superior a Mobutu y a otros favoritos de Occidente. Paralelamente, invadió la antigua colonia portuguesa de Timor Oriental en 1975, perpetrando uno de los peores crímenes del siglo veinte, eliminando quizás a un cuarto de la población y dejando devastado el país. Desde el primer momento, contó con el decidido apoyo de Estados Unidos en materia diplomática y militar, al que se sumó el de Gran Bretaña a medida que las atrocidades alcanzaron su punto máximo en 1978, mientras que otras potencias occidentales también procuraron obtener el mayor provecho de esta situación apoyando el virtual genocidio en Timor Oriental. El envío de armas por parte de Estados Unidos y el Reino Unido y el entrenamiento de las unidades de

(10) VON SPONECK, Hans C. *A Different Kind of War* (Nueva York: Berghahn, 2006); Spokesman 96, 2007. Para información sobre el programa de petróleo por alimentos, véase CHOMSKY, Noam. *Failed States* (*Metropolitan*, 2006).



contrainsurgencia más salvajes continuó inalterada hasta 1999, momento para el cual las atrocidades indonesias iban aumentando una vez más, mucho más que en el caso de Kosovo en ese mismo momento, previo a los bombardeos de la OTAN. Australia, que contaba con información de lo más detallada sobre las atrocidades, también participó activamente en el entrenamiento de las unidades de élite más sanguinarias.

En abril de 1999 se produjo una serie de masacres especialmente brutales, como la de Liquica, donde al menos sesenta personas fueron asesinadas cuando buscaron refugio en una iglesia. Estados Unidos reaccionó en el acto. El almirante Dennis Blair, comandante de la flota de Estados Unidos en el Pacífico, se reunió con el jefe del ejército indonesio, el General Wiranto, quien supervisó las atrocidades, asegurándole el apoyo y la asistencia de Estados Unidos y proponiéndole, asimismo, una nueva misión de Estados Unidos para el entrenamiento de las tropas. Fuentes muy confiables de la Iglesia estiman que alrededor de 3,000 a 5,000 fueron asesinados entre febrero y julio.

En agosto del mismo año, en un referéndum llevado a cabo por la ONU, la población votó abrumadoramente a favor de la independencia, lo que constituye un notable acto de valentía. El ejército de Indonesia y sus socios paramilitares reaccionaron destruyendo la ciudad capital de Dili y conduciendo cientos de miles supervivientes a las colinas. Estados Unidos y Gran Bretaña no se impresionaron. Washington elogió “el valor de los años de entrenamiento impartida a los futuros líderes militares de Indonesia en los Estados Unidos y los millones de dólares de ayuda militar a Indonesia”, informó la prensa, instando a más de lo mismo para Indonesia y para todo el mundo. Un alto diplomático en Yakarta, explicó sucintamente que “Indonesia importa. Timor Oriental, no.” El 9 de setiembre, cuando aún humeaban los restos de Dili y la población expulsada moría de hambre en las colinas, el secretario de Defensa William Cohen reiteró la posición oficial de Estados Unidos en el sentido de que el ocupado Timor Oriental “es responsabilidad del Gobierno de Indonesia y no queremos despojarlos de esa responsabilidad”.

Unos días más tarde, bajo una intensa presión internacional e interna (en gran parte proveniente de influyentes católicos de derecha) Clinton informó a los generales indonesios que el juego había terminado y se retiraron al instante, permitiendo que una fuerza de las Naciones Unidas para

la Paz, encabezada por Australia, ingrese al país sin oposición. La lección es clarísima. Para poner fin a la agresión y genocidio virtual de los 25 años siguientes, no había ninguna necesidad de bombardear Yakarta, de imponer sanciones o de hecho hacer cualquier cosa excepto detener la participación activa en los crímenes. Sin embargo, por evidentes motivos doctrinales no es posible admitir la lección. Sorprendentemente, los acontecimientos han sido reconstruidos como un notable éxito de la intervención humanitaria en setiembre de 1999, lo que es una clara evidencia de la seductoras “nuevas normas” adoptadas por los “Estados ilustrados”. A uno no le queda sino preguntarse si un Estado totalitario podría lograr algo semejante.

El historial británico fue aún más grotesco. El gobierno laborista continuó mandando aviones *Hawk* a Indonesia hasta el 23 de setiembre de 1999, dos semanas luego de que la Unión Europea hubiese trabado el embargo, tres días después del desembarco de las Fuerzas de Paz de Australia y mucho después de haber sido revelado que estos aviones habían sido nuevamente utilizados para volar sobre Timor Oriental, esta vez como parte de la operación de intimidación previa al referéndum. Bajo el nuevo laborismo, Gran Bretaña se convirtió en el principal proveedor de armas a Indonesia, incluso a pesar de la fuerte crítica y protesta por parte de Amnistía Internacional, de los disidentes indonesios, y de las víctimas de Timor Oriental. Los motivos fueron explicados por el Secretario de Relaciones Exteriores Robin Cook, autor de la nueva “política exterior ética”.

Los envíos de armas eran apropiados porque “el gobierno está comprometido con el mantenimiento de una fuerte industria de defensa, que constituye una parte estratégica de nuestra base industrial”, como en los Estados Unidos y en otros países. Por razones similares, el primer ministro Tony Blair luego



Noam Chomsky

aprobó la venta a Zimbabwe de piezas de repuesto para los aviones británicos *Hawk* utilizados por Mugabe en una guerra civil que costó decenas de miles de vidas. No obstante, la nueva política ética denotaba una mejoría con relación a la de Thatcher, cuyo ministro encargado de las compras para la defensa, Alan Clark, había sostenido lo siguiente: “Mi responsabilidad es ante mi propio pueblo. En realidad, no me quita el sueño lo que un grupo de extranjeros pueda estar haciéndole a otro”⁽¹¹⁾.

Es contra este fondo, del que sólo se ha dado algunos ejemplos, que el coro de los admirados intelectuales de Occidente se alababa a sí mismo y a sus “Estados ilustrados” por la apertura de una nueva e inspiradora era de la intervención humanitaria, guiada por la “responsabilidad de proteger”, informados exclusivamente por “principios y valores”, actuando por “altruismo y fervor moral”, bajo el liderazgo de “el nuevo mundo idealista determinado a poner fin a la inhumanidad” ahora en plena “fase noble” de su política exterior con una “aureola de santidad”.

El coro de la auto-adulación también ideó un nuevo género literario, dedicado a criticar duramente a Occidente por su incapacidad para responder adecuadamente a los crímenes de otros (y, al mismo tiempo, a evitar por todos los medios cualquier referencia a sus propios crímenes). El género fue elogiado por su valentía y osadía. Pocos se concentraron en percibir que una obra similar había sido recibida de muy buena manera por el Kremlin antes de la Perestroika. El ejemplo más destacado fue el ampliamente elogiado ganador del Premio Pulitzer, “*A Problem from Hell: America and the Age of Genocide*,”^(NT3) escrito por Samantha Power, del Centro Carr para la Política de Derechos Humanos en la *Kennedy School* de la Universidad de Harvard. Resulta muy injusto señalar que Power evita mencionar todos los crímenes de los Estados Unidos. Señala algunos pocos, pero son explicados a partir de otras preocupaciones.

No obstante, Power plantea un caso claro: el Timor de Oriental, donde, escribe, Washington “miró hacia otro lado” autorizando la invasión, suministrándole de inmediato nuevos equipos de contrainsurgencia a Indonesia; volviendo “totalmente ineficaz”

cualquier esfuerzo de las Naciones Unidas para detener la agresión y la masacre (tal y como el embajador ante las Naciones Unidas, Daniel Patrick Moynihan, orgullosamente recuerda en sus memorias acerca de su servicio en este organismo) y luego de seguir prestando un decisivo apoyo diplomático y militar para el siguiente cuarto de siglo, en la forma brevemente descrita.

En resumen, luego de la caída de la Unión Soviética las políticas continuaron con solo ligeras modificaciones tácticas. Pero se necesitaba nuevos pretextos. La nueva norma de intervención humanitaria se ajustaba de muy buena manera a los requisitos. Solo era necesario dejar a un lado el vergonzoso historial de crímenes anteriores como algo irrelevante para el entendimiento de las sociedades y culturas que poco habían cambiado, y disfrazando el hecho de que estos crímenes seguían cometiéndose del mismo modo. Esta es una dificultad que surge con frecuencia, si bien no tan drásticamente como después del colapso del recurrente pretexto para cometer crímenes. La reacción común se condice con una máxima de Tácito: “El crimen, una vez expuesto, no puede sino apelar a la audacia.” Uno no niega los crímenes del pasado y del presente, abrir esa puerta sería un grave error. Más bien, debemos borrar el pasado e ignorar el presente a medida que caminamos hacia un glorioso futuro. Lamentablemente, esa es una imagen acorde con las características principales de la cultura intelectual de la era post-soviética.

No obstante, era imperativo encontrar, o al menos idear, algunos ejemplos para ilustrar la nueva magnificencia. Algunas de las opciones fueron verdaderamente sorprendentes. Una de ellas, recurrentemente acogida, es la

(11) Para una reseña acerca del deprimente desenlace, véase CHOMSKY, Noam. *A New Generation Draws the Line* (Verso, 2000).

(NT3) En español: *Un problema del infierno: Estados Unidos y la Edad del genocidio*.



Imperialismo humanitario: la nueva doctrina de derecho imperial

intervención humanitaria de mediados de setiembre de 1999 para rescatar a los habitantes de Timor Oriental. El término “audacia” es insuficiente para reflejar esta acción, pero procedió sin mayor dificultad, lo que demuestra una vez más lo que Hans Morgenthau, fundador de la teoría realista de las relaciones internacionales, llamó “nuestra subordinación conformista hacia quienes detentan el poder”. No hay necesidad detenerse en este logro.

Algunos otros ejemplos fueron puestos en práctica, también con impresionante audacia. Uno de los favoritos fue la intervención militar de Clinton en Haití en 1995, que de hecho puso fin al horrendo reinado de terror que se desencadenó cuando un golpe militar derrocó en 1991 al primer presidente democráticamente elegido de Haití, Jean-Bertrand Aristide, pocos meses luego de que asumiera el cargo. Para sostener esa imagen, no obstante, ha sido necesario suprimir algunos hechos inconvenientes.

El primer gobierno de Bush padre dedicó grandes esfuerzos en socavar el odiado régimen de Aristide y preparar el terreno para el golpe militar esperado. Luego, ofreció su apoyo a la Junta militar y sus acaudalados seguidores, yendo contra el embargo de la Organización de Estados Americanos, o, como el *New York Times* prefirió describir los hechos, “ajustando” el embargo para que las compañías de Estados Unidos quedaran exentas, por el bienestar del pueblo haitiano. El comercio con la Junta se incrementó durante el gobierno de Clinton, quien también autorizó ilegalmente a Texaco para que suministre petróleo a la Junta. Texaco fue una elección natural. Fueron ellos quienes proveyeron petróleo al régimen de Franco a finales de la década de 1930, violando el embargo y las normas de Estados Unidos, mientras que Washington fingía que no sabía de lo que se informaba en la prensa de izquierda, para posteriormente aceptar discretamente que, por supuesto, siempre lo había sabido.

Para el año 1995, Washington consideró que la tortura de los haitianos ya se había prolongado lo suficiente y Clinton envió a los *marines* a derrocar a la Junta y reponer el gobierno electo, pero sujeto a condiciones que aseguraran la pulverización de lo que quedaba de la economía haitiana. El gobierno repuesto

fue obligado a aceptar un duro programa neoliberal, sin barreras a la exportación y a la inversión de los Estados Unidos. Los agricultores de arroz haitianos son bastante eficientes, pero no pueden competir con la altamente subsidiada agroindustria de los Estados Unidos, lo que los condujo a un colapso previsible. Un pequeño negocio con éxito producía piezas de pollo en Haití. Pero a los estadounidenses no les gusta la carne oscura, de modo que el enorme conglomerado estadounidense productor de piezas de pollo buscó utilizarlas para practicar el *dumping* en otros países. Lo intentaron en México y Canadá, pero esas sociedades estaban en capacidad de prevenir esta ilegal práctica. Haití había sido obligado a permanecer indefenso, de modo que incluso esa pequeña industria fue destruida. La historia continúa con detalles aún más desagradables, mas no es necesario comentarlos en estas líneas⁽¹²⁾. En resumidas cuentas, Haití encaja en un modelo ya familiar. Es un ejemplo particularmente lamentable si tomamos en cuenta la forma en que los haitianos han sido torturados -primero por Francia y luego por los Estados Unidos- en parte como castigo por haberse atrevido a ser el primer país de hombres libres en el hemisferio.

Otros intentos de auto-justificación probaron no ser mejores hasta que, finalmente, en 1999 Kosovo vino al rescate, y abrió las compuertas. El torrente de retórica de auto alabanza se convirtió en un diluvio incontrolable. El caso de Kosovo es, claramente, de gran importancia en el mantenimiento de la auto-glorificación que alcanzó un punto culminante a final del milenio, y en la justificación del derecho de Occidente a la intervención unilateral. No es de extrañar, entonces, que haya una estricta línea partidaria acerca de los bombardeos de la OTAN en Kosovo.

(12) Para un estudio documentado y agudo sobre lo que luego sucedió con el golpe militar que derrocó nuevamente al gobierno electo, con el respaldo de los torturadores tradicionales: Francia y Estados Unidos; y la resistencia del pueblo haitiano para levantarse nuevamente de las ruinas, véase: HALLWARD, Peter. *Damming the Flood* (Nueva York: Verso, 2007).



Noam Chomsky

Conforme terminaba el bombardeo, la doctrina fue articulada con elocuencia por Vaclav Havel. Una principal revista intelectual de Estados Unidos, la liberal de izquierda *New York Review of Books*, se dirigió a Havel para obtener “una explicación razonada” de por qué el bombardeo de la OTAN tenía que ser apoyado, para lo cual publicó *Kosovo and the End of the Nation-State*^(NT4) como discurso ante el Parlamento canadiense el 10 de junio de 1999. La publicación señalaba que para Havel, “la guerra de Yugoslavia es un hito en las relaciones internacionales: es la primera vez que los derechos humanos de un pueblo -los albaneses de Kosovo- han sido inequívocamente puestos en primer lugar.” El discurso de Havel empezaba haciendo hincapié en la extraordinaria importancia de la intervención en Kosovo.

Esta intervención demuestra que al fin y al cabo podríamos estar entrando en una era de auténtica ilustración que será testigo de “el fin del Estado-Nación”, que no sería más “la culminación de la historia de cada comunidad nacional y su mayor valor,” como había venido ocurriendo en el pasado. La intervención de Kosovo revelaba entonces que “los ilustrados esfuerzos de generaciones de demócratas, la terrible experiencia de dos guerras mundiales y la evolución de la civilización finalmente han llevado a la humanidad al reconocimiento de que los seres humanos son más importantes que el Estado”.

La “razonada explicación” de Havel sobre el motivo de los bombardeos fue la siguiente: “hay algo que ninguna persona razonable puede negar: esta es probablemente la primera guerra que no se ha librado en nombre de los “intereses nacionales”, sino más bien en nombre de principios y valores (...) [La OTAN] está luchando debido a su preocupación por la suerte de otros. Lucha porque ninguna persona decente puede mantenerse al margen y ver el asesinato sistemático de otras personas, dirigido por un Estado (...). La alianza ha actuado a partir del respeto por los derechos humanos, como la conciencia y los documentos legales imponen. Este es un importante precedente para el futuro. Se ha dicho de manera clara que simplemente no es admisible asesinar personas, expulsarlos de sus hogares, torturarlos y confiscar sus bienes”.

Emocionantes palabras, aunque, podrían caber algunas precisiones: por mencionar solo una, sigue siendo admisible, e incluso obligatorio, no solo el tolerar tales acciones, sino contribuir masivamente con ellas, garantizando que lleguen a aun mayores niveles de ira -dentro de la OTAN, por ejemplo- y, por supuesto, para llevarlas a cabo uno mismo cuando se hiciese necesario.

Havel había sido un comentarista de asuntos internacionales particularmente respetado desde 1990, cuando se dirigió a una sesión conjunta del Congreso inmediatamente después de que sus compañeros disidentes fuesen brutalmente asesinados en El Salvador (y después de que Estados Unidos invadiese Panamá, matando y destruyendo). Él recibió una estruendosa ovación de pie para alabar al “defensor de la libertad” -que había armado y entrenado a los asesinos de los seis líderes intelectuales jesuitas y decenas de miles de personas- alabándolo por haber “comprendido la responsabilidad que emana” del poder e instándolo a que siga poniendo “la moral por delante de la política” -tal y como lo había hecho durante las guerras terroristas de Reagan en Centroamérica, el apoyo a Sudáfrica (mientras que el régimen de aquel país asesinara a unos 1.5 millones en los países vecinos), y muchos otros gloriosos hechos. La columna vertebral de nuestras acciones debe ser “la responsabilidad”, indicaba Havel al Congreso: “la responsabilidad de algo superior que mi familia, mi país, mi compañía y mi éxito”.

El discurso fue recibido con extremo entusiasmo por los intelectuales liberales. Aprovechando la aclamación y la admiración general, los editores del *Washington Post* declaraban que el elogio de Havel a nuestra nobleza proporciona “evidencia contundente”

(NT4) En español: Kosovo y el fin del Estado-Nación.



de que su país es “una fuente principal” de “la tradición intelectual europea”, ya que “la voz de su conciencia” había hablado “conmoveramente sobre las responsabilidades que las grandes y pequeñas potencias se deben unas a otras. En el extremo liberal de izquierda, Anthony Lewis escribió que las palabras de Havel nos recordaban que “vivimos en una era romántica”. Una década después, aún en el límite exterior de la disidencia, Lewis se sintió conmovido y persuadido por el argumento que Havel había “sostenido de forma elocuente” acerca del bombardeo de Serbia, que, pensó, eliminaba todas las dudas residuales acerca de la causa de Washington y marcó un “hito en las relaciones internacionales”.

La línea partidaria ha sido cuidadosamente vigilada. Por citar algunos ejemplos actuales, con motivo de la independencia de Kosovo el *Wall Street Journal* escribió que la policía y las tropas serbias fueron “expulsadas de la provincia por la campaña aérea de bombardeos liderada por Estados Unidos en 1999, diseñada para impedir el brutal intento del dictador Slobodan Milošević de expulsar a la mayoría étnica albanesa de la provincia” (25 de febrero de 2008). Francis Fukuyama instó en el *New York Times* (17 de febrero de 2008) a que “a raíz de la debacle de Irak”, no debíamos olvidar la importante lección de la década de 1990, de “que los países poderosos como Estados Unidos deben utilizar su poder para defender los derechos humanos o para promover la democracia”: la evidencia crucial es que la “limpieza étnica contra los albaneses de Kosovo solo se detuvo a través de los bombardeos a Serbia por parte de la OTAN”.

Los editores del liberal *New Republic* escribieron que Milosevic “Se propuso pacificar [Kosovo] utilizando sus herramientas favoritas: las expulsiones masivas, la violación sistemática y los asesinatos”, pero, afortunadamente, Occidente no toleraría estos crímenes “y así, en marzo de 1999, la OTAN inició una campaña de bombardeos” para poner fin a “la masacre y el sadismo”. Esta “pesadilla” tiene un final feliz por una sencilla razón: porque Occidente utilizó su poder militar para salvarlos” (12 de marzo de 2008). Los editores agregaron que “Uno tendría que tener el corazón de un funcionario del Kremlin para no conmoverse ante las escenas desarrolladas en Pristina, la capital de Kosovo” al momento de celebrar “un adecuado y justo epílogo del crimen masivo del siglo veinte”. En términos no tan exaltados y más convencionales, Samantha Power sostenía que “las atrocidades de Serbia, por supuesto, provocaron la acción de la OTAN.”

Citar ejemplos es engañoso porque la doctrina es aceptada con virtual unanimidad y gran pasión, o, tal vez, “desesperación” sería una palabra más apropiada. La referencia a “los funcionarios del Kremlin” realizada por los editores del *New Republic* es apropiada, pero no en el sentido en el que se pretendía. Los escasos esfuerzos por hacer referencia al claro y bien documentado historial dan lugar a impresionantes rabietas cuando no son simplemente ignorados.

El historial es inusualmente rico, y los hechos presentados por impecables fuentes occidentales son explícitos, coherentes y ampliamente documentados. Las fuentes incluyen dos importantes compilaciones del Departamento de Estado publicadas para justificar el bombardeo y una rica variedad de documentos de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (en adelante, OSCE), la OTAN, la ONU, entre otros. También incluyen una investigación realizada por el Parlamento británico. Asimismo, de manera muy notable, los muy instructivos informes de la misión de observadores de la OSCE en Kosovo, establecida durante el momento del alto al fuego en octubre negociado por el embajador de Estados Unidos, Richard Holdbrooke. Los observadores reportaron sus informes con regularidad en el lugar de los hechos desde una semana más tarde hasta el 19 de marzo, cuando fueron retirados (a pesar de las objeciones de Serbia) en preparación para el bombardeo del 24 de marzo.

El registro documental es tratado con lo que los antropólogos llaman “la negación ritual”. Y hay una buena razón para ello. La evidencia, que es inequívoca, deja la línea del partido por los suelos. La típica afirmación de que “las atrocidades de Serbia habían, por supuesto, provocado la intervención de la OTAN” invierte directamente los inequívocos hechos: las acciones de la OTAN provocaron las atrocidades de Serbia, tal y como se había previsto⁽¹³⁾.



Noam Chomsky

La documentación de Occidente revela que Kosovo era un horrible lugar antes del bombardeo, aunque, lamentablemente, no lo era según los estándares internacionales. Se reporta que unas 2,000 personas fueron asesinadas el año anterior al bombardeo de la OTAN. Las atrocidades eran distribuidas entre las guerrillas del Ejército de Liberación de Kosovo (en adelante, ELK^(NT5)) que atacaban desde Albania, y las fuerzas de seguridad de la República Federal de Yugoslavia (en adelante, RFY). Un informe de la OSCE resume el historial con gran precisión: El “ciclo de confrontación puede ser descrito” como una serie de ataques del ELK contra la policía y los civiles serbios “lo que constituye una respuesta desproporcionada por parte de autoridades de la RFY”, y “nueva actividad del ELK”.

El gobierno británico, el elemento más “alco nezco”^(NT6) de la alianza, atribuye al ELK la mayoría de las atrocidades cometidas en el período, la misma organización que en 1998 había sido calificada como una “organización terrorista” por los Estados Unidos. Cuando comenzó el bombardeo el 24 de marzo, George Robertson, Ministro de Defensa británico, posteriormente secretario general de la OTAN, informó a la Cámara de los Comunes que hasta mediados de enero de 1999, “fue [el ELK] el responsable de más muertes en Kosovo que las propias autoridades serbias”. Al citar el testimonio de Robertson en *A New Generation Draws the Line*, escribí que él debe haber estado confundido y que, dada la distribución de las fuerzas, su evaluación no podría resultar creíble. La investigación del Parlamento británico, sin embargo, revela que su sentencia fue confirmada por el secretario de Relaciones Exteriores, Robin Cook, quien el 18 de enero de 1999 informó a la Cámara que el ELK “ha cometido más violaciones al alto el fuego, y hasta este fin de semana fue responsable de más muertes que las fuerzas [de seguridad yugoslavas]”⁽¹⁴⁾.

Robertson y Cook se refieren a la matanza de Racak del 15 de enero, en la que 45 personas murieron. La documentación occidental no revela cambio notable alguno en el patrón desde la masacre de Racak hasta la retirada de los observadores de la Misión Kosovo el 19 de marzo. De modo que incluso agregando las cifras de la masacre (e ignorando las preguntas acerca de lo ocurrido), si las conclusiones de Robertson y Cook eran por lo general válidas a mediados de enero, siguieron siéndolo hasta el anuncio de los bombardeos de la OTAN. Una de las pocas investigaciones académicas serias que siquiera se dignó a considerar estas cuestiones, un cuidadoso y juicioso estudio llevado a cabo por Nicholas Wheeler, calcula que los serbios fueron responsables de 500 de los 2,000 muertos reportados en el año anterior al bombardeo. Por otro lado, Robert Hayden, un especialista en los Balcanes que dirige el *Center for Russian and East European Studies*^(NT7) de la Universidad de Pittsburgh, señala que “las víctimas mortales entre los civiles serbios en las tres primeras semanas de la guerra fueron superiores a todas las víctimas de ambos bandos en Kosovo durante los tres meses que condujeron a esta guerra, y sin embargo, se suponía que esos tres meses eran una catástrofe humanitaria”⁽¹⁵⁾.

El servicio de inteligencia de los Estados Unidos informó que el ELK “intentó obligar a la OTAN a intervenir en su lucha por la independencia, provocando las atrocidades serbias”. El ELK se fue armando y fue “dando

(13) CHOMSKY, Noam. *A New Generation Draws the Line*. Sobre lo que se supo de inmediato, véase CHOMSKY, Noam. *New Military Humanism*.

(NT5) Organización fundada en 1981. También se le conoce como “UÇK” por sus siglas en albanés.

(NT6) El texto original se refiere al gobierno británico como *hawkish* para denotar su rapacidad.

(14) ROBERTSON, George. *New Generation*, pp. 106 y 107. COOK, Robin. *House of Commons Session 1999-2000. Defence Committee Publications*, Parte II, p. 35.

(NT7) En español: Centro de Estudios sobre Rusia y Europa del Este.

(15) WHEELER, Nicholas. *Saving Strangers: Humanitarian Intervention and International Society* (Oxford, 2000). HAYDEN, Robert. Entrevista a Doug Henwood, WBAI, New York, reproducida en: HENWOOD. *Left Business Observer* n.º 89, 27 de abril, 1999.



pasos muy provocadores en un intento por lograr que Occidente interviniese en la crisis” con la esperanza de que se dé una brutal reacción de los serbios, comentaba Holbrooke. Hashim Thaci, por ese entonces líder del ELK y ahora primer ministro de Kosovo, informó a los investigadores de la BBC (*British Broadcasting Corporation*) que cuando el ELK asesinó a los policías serbios, “Sabíamos que estábamos poniendo en peligro vidas de civiles, un gran número de vidas”, pero la previsible venganza serbia hacía que esas acciones valiesen la pena. El máximo comandante militar del ELK, Agim Ceku, se jactó de que el triunfo de la OTAN también era un triunfo del ELK, porque “después de todo, el ELK trajo a la OTAN a Kosovo” llevando a cabo ataques a fin de provocar una violenta represalia.

Las cosas siguieron de este modo hasta que la OTAN inició el bombardeo, a sabiendas de que era “totalmente previsible” que la FRY iba a responder con violencia, como informara a la prensa el general Wesley Clark. Antes ya había informado a los más altos funcionarios del gobierno de Estados Unidos que el bombardeo conllevaría a grandes delitos y que la OTAN no podría hacer nada para evitarlos. Los detalles se ajustan a las predicciones de Clark. La prensa informó que “los serbios comenzaron a atacar los bastiones del ELK el 19 de marzo”, cuando los observadores fueron retirados en la preparación del atentado, “pero su ataque se aplicó a toda marcha el 24 de marzo, la noche en que la OTAN comenzó a bombardear Yugoslavia.” El número de desplazados internos, que había disminuido, volvió a incrementarse a 200,000 luego de que se retiraran los observadores. Antes de los bombardeos, y durante dos días luego de su inicio, el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (en adelante, ACNUR) no proporcionó información sobre los refugiados. Una semana después de que comenzaron los bombardeos, el ACNUR comenzó a tabular el flujo diario.

En resumen, era bien sabido por los dirigentes de la OTAN que el bombardeo no fue una respuesta a las enormes atrocidades en Kosovo, sino que fue su causa, tal y como se había previsto. Más aún, en el momento en el que se inició el bombardeo, había dos opciones diplomáticas al conflicto sobre la mesa: la propuesta de la OTAN y la propuesta de la República Federativa de Yugoslavia (silenciada en Occidente, casi sin excepción). Después de 78 días de bombardeo, se llegó a un compromiso entre ambas partes, lo que sugiere que una solución pacífica era posible, solución que habría evitado los terribles crímenes

cometidos como reacción prevista a los bombardeos de la OTAN.

La acusación a Milosevic por los crímenes de guerra en Kosovo, realizada durante el bombardeo de la OTAN, no tiene intención de desmentir este hecho. La acusación, basada en informes de los servicios de inteligencia de los Estados Unidos y del Reino Unido, se atiene a los crímenes cometidos durante los bombardeos de la OTAN. Sólo hay una excepción: la masacre de Racak en enero. “Altos funcionarios de la administración Clinton sintieron horrorizados e indignados”, escribe Samantha Power, repitiendo la historia convencional. Es muy poco creíble que los funcionarios de Clinton se sintieran horrorizados e indignados, o que siquiera les haya importado. Incluso dejando de lado su anterior apoyo a crímenes de guerra mucho peores, es suficiente considerar su reacción a las masacres en Timor Oriental poco después -por ejemplo, en Liquica, un crimen mucho más horrendo que Racak- que llevaron a la mismos funcionarios de Clinton a aumentar su participación en la masacre que se estaba produciendo. A pesar de sus conclusiones sobre la distribución de las muertes, Wheeler apoya los bombardeos de la OTAN argumentando que se habían producido atrocidades aún peores si no se hubiesen llevado a cabo. El argumento es que la OTAN prevenía las atrocidades al bombardear a sabiendas que se iban a producir atrocidades. El hecho de que estos son los argumentos más sólidos que los analistas serios podrían elaborar nos dice mucho acerca de la decisión de llevar a cabo los bombardeos, sobre todo si tenemos en cuenta que había propuestas diplomáticas y que el acuerdo alcanzado después del bombardeo fue un compromiso entre ellos.

Algunos han buscado reforzar estos argumentos apelando a la Operación Herradura, un supuesto plan serbio para



Noam Chomsky

expulsar los albaneses kosovares. Los altos mandos de la OTAN no conocían el plan, como testificase el general Clark, y solo por ello el argumento ya no puede resultar pertinente: el uso criminal de la violencia no puede justificarse por algo descubierto posteriormente. Se sostuvo que el plan era una probable invención de los órganos del servicio de inteligencia, pero ello también carece de relevancia. Es casi seguro que Serbia tenía esos planes de contingencia, al igual que muchos otros Estados, entre ellos Estados Unidos, que tienen planes de contingencia como para que los pelos se nos pongan de punta, incluso para el caso de remotas eventualidades.

Un esfuerzo aun más sorprendente para justificar el bombardeo de la OTAN consiste en que la decisión fue tomada a raíz de los sucesos en Srebrenica y otras atrocidades de principios de la década de 1990. Según este argumento, se deduce que la OTAN debería haber sido llamada a bombardear Indonesia, Estados Unidos y el Reino Unido ante las atrocidades mucho peores que ellos habían cometido en Timor Oriental y que estaban en nuevo apogeo cuando fue tomada la decisión de bombardear Serbia (para Estados Unidos y el Reino Unido, esto constituye solo una pequeña parte del historial criminal). Un último y desesperado esfuerzo por aferrarse a cualquier cosa es sostener que Europa no podía tolerar las atrocidades previas a los bombardeos tan cerca de sus fronteras, aunque la OTAN no solo toleró, sino que durante esos mismos años decididamente apoyó atrocidades mucho más severas en el propio seno de la OTAN, como ya se ha señalado.

Sin necesidad de detenernos a revisar el resto de ese lamentable historial, es difícil pensar en un caso en que la justificación para recurrir a la violencia criminal sea tan débil. Pero la pura justicia y la nobleza de las acciones se ha convertido en un dogma de fe, como es comprensible: ¿Qué más puede justificar el coro de auto-glorificación observado a fin del milenio? ¿Qué más se puede alegar para apoyar a las “normas emergentes” que autorizan el Nuevo Mundo idealista y sus aliados a usar la fuerza cuando sus líderes “lo creyesen es justo”?

Algunos han especulado sobre las verdaderas razones de los bombardeos de la OTAN. El conocido y respetado historiador militar Andrew Bacevich rechaza las razones humanitarias y alega que, junto con la intervención de Bosnia, el bombardeo de Serbia fue llevado a cabo para garantizar “la cohesión de la OTAN y la credibilidad del poder estadounidense” y “para mantener la supremacía estadounidense” en Europa. Otro respetado analista, Michael Lind, escribió que “un principal objetivo estratégico de la guerra de Kosovo era el de darle seguridad a Alemania de modo que no desarrolle una política de defensa independiente de la alianza de la OTAN, dominada por Estados Unidos”. Ninguno de los dos autores cuenta con argumentos para estas conclusiones⁽¹⁶⁾.

Sin embargo, sí hay evidencia. Proviene del más alto nivel del gobierno de Clinton. Strobe Talbott, quien fue el responsable de la diplomacia durante la guerra, escribió el prólogo de un libro sobre el conflicto cuyo autor es su socio John Norris. Talbott comentó que los que busquen saber “cómo veíamos y experimentábamos los acontecimientos en aquel momento aquellos que estábamos involucrados” en la guerra deben consultar lo escrito por Norris, que tiene la virtud de contar con “la inmediatez que solo puede ser provista por quien fue testigo presencial de gran parte de la acción, quien entrevistó prolongadamente y en profundidad a muchos de los participantes cuando que sus recuerdos estaban aún frescos, y quien ha tenido acceso a gran parte de los documentos diplomáticos. Norris sostiene que “fue la resistencia de Yugoslavia a más amplias tendencias de reformas políticas y económicas -y no la situación de los albaneses de Kosovo- la

(16) BACEVICH, Andrew J. *American Empire* (Cambridge, MA: Harvard, 2003); LIND, Michael. *National Interest* (mayo y junio de 2007).



Imperialismo humanitario: la nueva doctrina de derecho imperial

que mejor explica la guerra de la OTAN”. Gracias al extenso historial documentario de Occidente, ya era claro que el motivo para el bombardeo de la OTAN no pudo haber sido “la difícil situación de los albaneses de Kosovo”. Pero es interesante escuchar (de fuentes del más alto nivel) que la verdadera razón del ataque fue que Yugoslavia era un solitario bastión de oposición en Europa para los programas políticos y económicos de la administración Clinton y sus aliados. No necesitamos decir que esta revelación también es excluida del canon⁽¹⁷⁾.

A pesar de que la “nueva norma de intervención humanitaria” se derrumba ante el menor examen, hay, al menos, un residuo que se aún se llega a sostener: la “responsabilidad de proteger”. Acogiendo con beneplácito la declaración de independencia de Kosovo, el comentarista liberal Roger Cohen escribe que “en un nivel más profundo, la historia del pequeño Kosovo es la historia de la evolución de la noción de soberanía y una nueva apertura del mundo” (*International Herald Tribune*, 20 de febrero de 2008). El bombardeo de la OTAN de Kosovo demostró que “los derechos humanos trascienden las estrechas potestades de la soberanía del Estado” (citando a ThomasWeiss).

El logro, continúa Cohen, fue ratificado por la Cumbre Mundial de 2005, que aprobó la “responsabilidad de proteger”, conocida como “R2P”^(NT8), que “formalizó la idea de que cuando un Estado se muestra incapaz de proteger a su pueblo y se cometen crímenes de lesa humanidad, la comunidad internacional está en la obligación de intervenir, si es necesario y como último recurso, con la fuerza militar. En consecuencia “la independencia de Kosovo, reconocida por las principales potencias de Occidente, es, en efecto, el primer fruto importante de las ideas detrás de la R2P”. Cohen concluye que “la apertura del mundo es una labor lenta, pero continúa su desarrollo, desde Kosovo hasta Cuba”. Así, se reivindica el bombardeo de la OTAN y el “nuevo mundo idealista determinado a terminar con la inhumanidad” realmente ha alcanzado una “fase noble” en su política exterior con “una aureola de santidad”. En palabras del profesor de Derecho Internacional Glennon Michael, “la crisis de Kosovo ilustra (...) la nueva voluntad de Estados Unidos de hacer lo

que considera correcto, independientemente de las normas de Derecho Internacional”, aunque pocos años más tarde este Derecho se adaptó a la postura de los “Estados ilustrados” mediante la adopción de la R2P.

Una vez más, surge un pequeño problema: esos molestos hechos. La Cumbre Mundial de las Naciones Unidas de setiembre de 2005 rechazó expresamente la demanda de las potencias de la OTAN de que tienen el derecho al uso de la fuerza para, supuestamente, proteger de los derechos humanos. Muy por el contrario, la Cumbre reafirmó que “las disposiciones pertinentes de la Carta (que de forma expresa prohíben las acciones de la OTAN) son suficientes para hacer frente a toda la gama de amenazas a la paz y a la seguridad internacional”. La Cumbre también reafirmó “la autoridad del Consejo de Seguridad para imponer medidas coercitivas para mantener y restablecer la paz y la seguridad internacional (...) actuando de conformidad con los propósitos y principios de la Carta” y el papel de la Asamblea General en este sentido, “de conformidad con las disposiciones pertinentes de la Carta”. Entonces, sin la autorización del Consejo de Seguridad, la OTAN no tiene más derecho a bombardear Serbia del que Saddam Hussein tuvo para “liberar” a Kuwait. La Cumbre no concedió ningún nuevo “derecho de intervención” a los Estados individuales o a las alianzas regionales, ya sea por consideraciones humanitarias o de cualquier otra clase.

La Cumbre hizo suyas las conclusiones emitidas en diciembre de 2004 por un Panel de alto nivel de las Naciones Unidas, en el que participaron diversas prominentes personalidades de Occidente. El Panel reiteró los principios de la Carta en relación al uso de

(17) NORRIS, John. *Collision Course* (Westport, CT: Praeger, 2005).
(NT8) La abreviación “R2P” proviene del inglés “responsibility to protect”.



Noam Chomsky

la fuerza: puede ser legalmente implementado únicamente con la autorización por el Consejo de Seguridad, o en virtud del artículo 51⁽¹⁸⁾, en la defensa contra ataques armados *hasta* que el Consejo de Seguridad actúe. Cualquier otro recurso a la fuerza es un crimen de guerra, de hecho, es el “crimen internacional supremo” del que provienen todos los males que se produzcan a partir de ello, en palabras del Tribunal de Núremberg. El Panel concluyó que “el artículo 51 no necesita ni la extensión ni la restricción de su bien conocido alcance, (...) no debe reescribirse ni reinterpretarse”. Probablemente, con la guerra de Kosovo en mente, el Panel añadió que “ante aquellos que se impacienten con esta respuesta, se debe sostener que en un mundo de constantes amenazas potenciales, el riesgo para el orden mundial y para la regla de no intervención en la que se continúa basándose es demasiado grande como para admitir la legalidad de las acciones preventivas unilaterales, a diferencia de las acciones con respaldo colectivo. Permitir que uno intervenga sería permitirlo a todos”.

Es difícil encontrar un rechazo más explícito a la posición de la autoproclamados “Estados ilustrados”. Tanto el Panel como la Cumbre Mundial hicieron suya la posición del mundo no occidental, que había rechazado con firmeza “el llamado ‘derecho’ a la intervención humanitaria” en la Declaración de la Cumbre del Sur celebrada en el año 2000, seguramente con los recientes bombardeos de la OTAN a Serbia en mente. Esta fue la reunión de más alto nivel jamás celebrada por el antiguo movimiento de países no alineados, que representa el 80 por ciento de la población mundial. Fue casi totalmente ignorado, y las poco frecuentes y breves referencias a sus conclusiones sobre la intervención humanitaria por poco producen histeria. De este modo, el profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad de Cambridge Brendan Simms, escribiendo para el *Times Higher Education Supplement* (el 25 de mayo de 2001), expresó su irritación por tal “extravagante y acrílica reverencia ante los pronunciamientos de la llamada ‘Cumbre del Sur del G 77’ (¡desarrollada en La Habana!), una chusma improvisada en cuyas filas están conspicuamente

representados asesinos, torturadores y ladrones”, tan diferente a las personas civilizadas que han sido sus benefactores en los últimos siglos y que apenas pueden controlar su ira cuando hay una breve alusión, sin comentarios, a la percepción del mundo de las tradicionales víctimas, una percepción que fue luego fuertemente respaldada por el Panel de Alto Nivel de las Naciones Unidas y por la Cumbre Mundial de la ONU, en explícita contradicción a las declaraciones egoístas de los que le rinden apología del uso de la violencia por parte de Occidente.

Por último, podríamos preguntarnos si la intervención humanitaria siquiera existe del todo. No escasean de pruebas de que sí, y estas pruebas que se dividen en dos categorías. La primera es el conjunto de las declaraciones de los líderes. Es muy fácil demostrar que casi todo recurso a la fuerza se justifica por la emocionada retórica acerca de las nobles intenciones humanitarias. Los documentos de la contrainsurgencia japonesa proclaman elocuentemente la intención de Japón de crear un “paraíso terrenal” en la Manchuria independiente y en el norte de China, donde Japón desinteresadamente sacrifica su propia sangre y sus riquezas para defender a la población de los “bandidos chinos” que los aterrorizan.

Como se trata de documentos internos, no tenemos ninguna razón para dudar de la sinceridad de los asesinos masivos y los torturadores que los produjeron. Tal vez incluso consideremos la posibilidad de que el emperador japonés Hirohito era sincero

(18) Artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas:

Ninguna disposición de esta Carta menoscabará el derecho inmanente de legítima defensa, individual o colectiva, en caso de ataque armado contra un Miembro de las Naciones Unidas, hasta tanto que el Consejo de Seguridad haya tomado las medidas necesarias para mantener la paz y la seguridad internacionales. Las medidas tomadas por los Miembros en ejercicio del derecho de legítima defensa serán comunicadas inmediatamente al Consejo de Seguridad, y no afectarán en manera alguna la autoridad y responsabilidad del Consejo conforme a la presente Carta para ejercer en cualquier momento la acción que estime necesaria con el fin de mantener o restablecer la paz y la seguridad internacionales.



Imperialismo humanitario: la nueva doctrina de derecho imperial

cuando declarara su renuncia en agosto de 1945, cuando le dijo a su pueblo que “Le declaramos la guerra a Estados Unidos y a Gran Bretaña debido a nuestro sincero deseo de asegurar el auto-preservación y la estabilización de Asia Oriental, estando muy lejos de nuestras intenciones el atentar contra la soberanía de otras naciones o proponerlos emprender una ampliación territorial”. Los pronunciamientos de Hitler no fueron menos nobles cuando desmembró Checoslovaquia y fueron aceptados sin duda alguna por los líderes de Occidente. Summer Welles, cercano confidente del presidente Roosevelt, le informó que el Pacto de Munich “Presentó la oportunidad para que las naciones del mundo establezcan un nuevo orden mundial basado en la justicia y en la ley”, en la que los nazis “moderados” jugarían un papel fundamental. Sería entonces difícil encontrar alguna excepción a las declaraciones de buenas intenciones, incluso entre las de los peores monstruos.

La segunda categoría de pruebas consiste en la intervención militar de benignos efectos, cualesquiera fuesen sus motivos: no fueron del todo las intervenciones humanitarias, pero se aproximan a este fundamento al menos en parte. En este caso también encontramos algunos ejemplos. De lejos, los más importantes durante la post-Segunda Guerra Mundial son los de la década de 1970: la invasión de India a Pakistán del Este (actualmente Bangladesh) que culminó en una gran masacre y la invasión de Vietnam a Camboya en diciembre de 1978, que derrocó a los Jemeres Rojos a medida que sus atrocidades llegaban a su pico. No obstante, estos dos casos se excluyen del canon por razones de principios. Las invasiones no se llevaron a cabo por Occidente, por lo tanto no sirven al fin de que se establezca el derecho de Occidente al uso de la fuerza en contravención de la Carta de las Naciones Unidas. De modo aun más decisivo, ambas intervenciones fueron recibidas con enérgica oposición por parte del “nuevo mundo idealista determinado a terminar con la inhumanidad”. Estados Unidos envió un portaaviones a aguas indias para amenazar a los transgresores. Washington apoyó una invasión china con el objeto de castigar a Vietnam por el delito de poner fin a las atrocidades de Pol Pot y, junto a Gran Bretaña, asumió de inmediato el apoyo diplomático y militar a los Jemeres Rojos.

El Departamento de Estado incluso le explicó al Congreso por qué prestaba apoyo tanto a los remanentes del régimen de Pol Pot (Kampuchea Democrática) y a los agresores de Indonesia

que cometían crímenes comparables con los de Pol Pot en Timor Oriental. La razón de esta notable decisión fue que la “continuidad” de una Kampuchea Democrática gobernada por el régimen de los Jemeres Rojos “sin duda” la hace “más representativa del pueblo camboyano de lo que el Fretilin (la resistencia de Timor Oriental) era del pueblo timorenses”. Esta explicación no se ha denunciado y ha sido borrada de una historia adecuadamente purgada.

Tal vez algunos pocos auténticos casos de intervención humanitaria pueden ser descubiertos. Sin embargo, hay buenas razones para tomar en serio la posición tomada por la “imprudente chusma”, reafirmada por la auténtica comunidad internacional al más alto nivel. Su posición fundamental fue aprobada de manera unánime por la Corte Internacional de Justicia en el año 1949, en una de sus primeras sentencias: “La Corte sólo puede considerar el supuesto derecho de intervención como la manifestación de una política del uso de la fuerza, similar a la que en el pasado ha dado lugar a abusos de los más graves y que no puede -cualquiera que sean los defectos de la Organización Internacional- encontrar lugar en el Derecho Internacional (...); de la propia naturaleza de las cosas, [la intervención] se reservaría para los Estados más poderosos y fácilmente podría llevar a pervertir la propia administración de justicia”. La sentencia no elimina “la responsabilidad de proteger”, siempre y cuando sea interpretada a la manera del Sur, del Panel de alto nivel de la ONU, y de la Cumbre Mundial de la ONU.

Sesenta años después, hay pocas razones para cuestionar la sentencia del Corte. Sin lugar a dudas, el sistema de la ONU sufre de graves defectos. El defecto más crítico es el abrumador papel de los principales violadores de las resoluciones del Consejo de Seguridad. La manera más efectiva de violarlas es vetarlas, un privilegio de los miembros



Noam Chomsky

permanentes. Desde que las Naciones Unidas perdieron el control hace cuarenta años, Estados Unidos es de lejos el líder en vetar resoluciones acerca de una amplia gama de asuntos, su aliado británico es el segundo, y nadie más siquiera se aproxima a ellos. Sin embargo, a pesar de estos y otros graves defectos del sistema de las Naciones Unidas,

el orden mundial actual no ofrece mejor alternativa a conferir a la “responsabilidad de proteger” *por parte de las Naciones Unidas*. No obstante, en el mundo real, como bien explica Bricmont, la única alternativa es el “imperialismo humanitario” de los Estados poderosos que reclaman el derecho al uso de la fuerza porque “lo creen justo”, con lo que de manera muy regular y predecible pervierten “la propia administración de justicia”.